

arabigo. Cuando por el contrario se ha limitado a los originales con tan escrupulosas fidelidad que el lector europeo puede leerlos con esta lengua un autor árabe, y en efecto se encuentra una prueba evidente de la verdad de esta asercion en el peculiar espíritu nacional y religioso que resalta en aquella obra, y en esta amplitud de estilo propia de los escritores orientales. Tal debidad es la que constituye el mérito peculiar de la historia de Cordoba, y esta es la primera vez que se ha dejado hablar por sí misma a los árabes, e lo merece a los de España, que fueron la parte de la nacion que llevó a mas alto grado de entera. La expresada historia, ó mas bien el texto de historias incluido en aquella traducion, ciertamente no está comparado con espíritu muy filosofico y contiene muy poco que pueda satisfacer a un lector europeo en materias de politica y gobierno, como podría haberse esperado de la pluma de un español. La narracion está ademas sobrecargada de de triviales anacronismos y de un estéril jargon de nombres y títulos que se repiten en un modo cansado y repetitivo que en una historia. Todo cuando se ha de hacer un libro de esta especie, se debe considerar un punto de vista claro de las circunstancias y de las relaciones de los personajes principales que se habla en la historia, y que suministran abundantes pruebas del estado actual de los reinos en medio de todos los sucesos de la narracion, y se un factor importante. La expresada obra ha sido ya traducida a una lengua que se habla en Francia. La necesidad de traducirla al inglés se ha sentido mucho, especialmente con la historia de los sucesos de España, y para la ilustracion de estos se debe recurrir al Dr. Reinhart, autor con quien se han tratado estas relaciones, y que se ocupan de las preocupaciones nacionales y religiosas que pudieran oponerse a que se tratara este asunto con toda justicia e imparcialidad.

CAPÍTULO IX.

GUERRA DE GRANADA.—SORPRESA DE ZAHARA.—TOMA DE ALHAMA.

1481—1482.

Los moros sorprenden á Zahara.—El marqués de Cádiz.—Su expedicion contra Alhama.—Valor de los habitantes de esta ciudad.—Terrible combate.—Rendicion de Alhama.—Consternacion de los moros.—Vigorosas medidas de la reina.

CAP. IX.



N cuanto Fernando é Isabel hubieron restituido la tranquilidad á sus dominios y consolidado así la fuerza adquirida por su union bajo un solo gobierno, volvieron la vista á aquellas hermosas regiones de la Península, sobre que habia reinado triunfante la media luna musulmana cerca de ocho siglos. Afortunadamente una agresion de los moros dió motivo á los reyes para emprender el plan de la conquista, cuando éste se hallaba ya en sazón de ejecutarse. Aben Ismail, que imperó en Granada á fines del reinado de D. Juan II y principios del de D. Enrique IV, debió en parte su corona al primero de aquellos monarcas; y ya fuese por gratitud, ya por su condicion naturalmente benigna, habia mantenido con los príncipes cristianos relaciones tan amistosas, quanto lo permitian los celos de dos pueblos que podian considerarse como enemigos naturales. Durante su reinado, sin embargo de que unos y otros hicieran á las veces algunas entradas por las fronteras, ó se tomaran algun fuerte de la línea, habia tal correspondencia entre los dos reinos, que los nobles de Castilla se presentaban frecuentemente en la corte de Granada, y olvidando sus antiguas enemistades; tomaban parte con los caballeros moros en los nobles pasatiempos de la época.

PARTE I.

Muley Abul Hacem, que sucedió á su padre en 1466, era de un carácter muy diferente. Su orgullo le arrastró, cuando aun era muy jóven, á violar la tregua, rompiendo, sin ser provocado, por Andalucía; y aunque despues que subió al trono estuvo tan ocupado en turbulencias interiores que no tenia tiempo para pensar en guerras de fuera, alimentaba sin embargo en su pecho el mismo odio contra los cristianos. Así que, cuando en 1476 le exigieron los reyes de Castilla, como condicion para renovar la tregua, el pago del tributo anual impuesto á sus predecesores, contestó con arrogancia: "que las fábricas de Granada ya no labraban oro, sino acero." Su conducta posterior no desmintió el espíritu de esta contestacion espartana ¹.

Los moros sorprenden á Zahara.

Por último, hácia el fin del año 1481, la tormenta que por tanto tiempo se había estado formando, vino á caer sobre Zahara, pequeña villa fortificada de la frontera de Andalucía, que coronaba una elevada eminencia, á cuyos piés corre el rio Guadalete, y que por su posicion se tenia por casi inespugnable. La guarnicion de aquel pueblo, fiada en sus defensas naturales, se dejó sorprender en la noche del 26 de Diciembre por el rey moro, que escalando los muros, á favor de una furiosa tempestad, por la cual su asalto no pudo ser sentido, pasó á cuchillo á la gente de armas que le hizo resistencia, y se llevó como esclavos á Granada á todos los habitantes, hombres, mujeres y niños.

La noticia de esta desgracia causó profundo dolor á los reyes de España, y en especial á Fernando, cuyo abuelo había conquistado de los moros á Zahara. En su consecuencia se tomaron medidas para reforzar toda la línea de la frontera, y se desplegó la mayor diligencia para ver de descubrir algun punto vulnerable del enemigo, sobre el cual pudieran tomarse represalias con buen éxito. Ni recibió el pueblo de Granada las nuevas de su triunfo con la alegría que podia haberse esperado. Decíase que las señales que se veían en los cielos no presagiaban nada bueno. Y todavía formaban mas tristes y mas fundados juicios los hombres pensadores, quienes deploraban aquella temeridad de escitar la cólera de un enemigo poderoso y vengativo. "¡Ay de mí! (esclamó un anciano alfaki al salir de la sala de audien-

¹ Cardonne, Histoire d'Afrique et de l'Espagne, t. III, pp. 467 á 469.—Con-

CAP. IX.

cias) las ruinas de Zahara caerán sobre nuestras cabezas; los dias del imperio musulman en España están contados!" ²

No se pasó mucho tiempo sin que se presentara á los españoles la ocasion deseada. Un sugeto, por nombre Juan de Ortega, capitán de escaladores, que así llamaban á los que hacian este servicio en los asaltos de las ciudades, el cual había adquirido alguna fama durante el reinado de D. Juan II en las guerras del Rosellon, dió parte á Diego de Merlo, asistente de Sevilla, de que la fortaleza de Alhama, situada en el corazon del territorio de los moros, la tenían éstos con tan poco cuidado que podria ser tomada fácilmente por un enemigo que supiera acercarse á ella. La fortaleza, así como la ciudad del mismo nombre á que dominaba, estaba construida, como tantas otras de aquella turbulenta época, en la cresta de una roca rodeada á sus piés por un rio, y por sus ventajas naturales podia considerarse como inespugnable. Su fuerte posicion, que hacia mirar como superfluas todas las demas precauciones, tenia adormecidos á sus defensores en una confianza semejante á la que había sido tan funesta á Zahara. Alhama era famosa, como lo significa su nombre arábigo, por sus baños, que producian anualmente, segun se dice, quinientos mil ducados. Los reyes de Granada, entregándose á este gusto comun á los pueblos del Oriente, acostumbraban á frecuentar con su corte aquella plaza, para tomar baños en sus deliciosas aguas; y así Alhama llegó á verse adornada con toda la magnificencia de un sitio real. Aumentaban su riqueza las contribuciones de la tierra de que era caja de depósito y que constituian uno de los ramos principales de las rentas públicas, y sus fábricas de paños, célebres en todo el reino de Granada ³.

² Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 51.—Conde, Dominacion de los árabes, t. III, cap. 34.—Pulgar, Reyes Católicos, p. 180.—L. Marineo, Cosas Memorables, folio 171.—Mármol, Historia de la rebelion y castigo de los moriscos (Madrid, 1797), lib. 1, cap. 12.

³ Lebrija afirma que las rentas de Granada al principio de esta guerra ascendian á un millon de ducados de oro, y que tenia á sueldo siete mil caballos en

tiempo de paz, y podia hacer salir por sus puertas veinte y aun mil guerreros. Este último número no puede parecer exagerado. Rerum gestarum Decades, 2, lib. 1, cap. 1.

³ Estrada, Poblacion de España, t. II, pp. 247, 248.—El Nubiense, Descripcion de España, p. 222, nota.—Pulgar, Reyes Católicos, página 181.—Mármol, Rebelion de moriscos, lib. 1, cap. 12.

PARTE I. Aunque Diego de Merlo conoció las ventajas de esta conquista, no dejó de considerar las dificultades que se ofrecían para llevarla á cabo; porque Alhama estaba guarecida bajo las mismas alas de Granada, de donde apenas dista ocho leguas, y porque no se podía ir á ella sino atravesando la parte mas poblada del territorio de los moros, ó pasando una sierra ó cadena de montañas llena de precipicios, que la cubria por la parte del Norte. Con todo, comunicó sin pérdida de tiempo la noticia que habia recibido á D. Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cádiz, como la persona mas á propósito por su capacidad y valor para tan árdua empresa. Este caballero, que habia sucedido á su padre el conde de Arcos, en 1469, como cabeza de la gran casa de Ponce de Leon, se encontraba entonces en los treinta y nueve años de su edad. Aunque era hijo segundo é ilegítimo, habia sido preferido en la sucesion por las extraordinarias esperanzas que daba desde sus mas juveniles años. Cuando apenas tenia diez y siete, alcanzó un triunfo contra los moros, en que se distinguió por su extraordinario valor personal⁴. Mas tarde se enlazó con la hija del marqués de Villena, aquel turbulento ministro de Enrique IV, por cuya influencia fué elevado á la dignidad de marqués de Cádiz. Este enlace adhirió á D. Rodrigo á la causa de D. Enrique en sus contiendas con su hermano D. Alonso y con Isabel. No miraba de consiguiente con buenos ojos la exaltacion de esta princesa al trono; pero no se habia comprometido en ningun acto de resistencia declarada, ocupándose solamente en continuar una rivalidad hereditaria, que él habia resucitado, con

⁴ Zúñiga, Anales de Sevilla, páginas 349, 362.

Sucedió esto en la accion de Madroño, en que habiéndose detenido D. Rodrigo para arreglar el escudo, que se le habia descompuesto, se vió cercado de improviso por una partida de moros. Se apoderó de la honda de uno de ellos, é hizo tan terrible uso de esta arma, que despues de inutilizar á muchos consiguió ponerlos en huida; por cuyo hecho dice Zúñiga que el rey le apellidó "el jóven David."

D. Juan, conde de Arcos, no tuvo hijos legítimos, sino solo una numerosa descendencia de sus mancebas. Entre estas últimas se contaba á Doña Leonor Nuñez de Prado, madre de D. Rodrigo. Las brillantes y atractivas cualidades de aquel jóven ganaron de tal modo el afecto de su padre, que éste consiguió la dispensa real (cosa nada rara en un tiempo en que las leyes de sucesion no estaban muy fijas) para dejarle sus títulos y estados en perjuicio de otros herederos mas legítimos.

el duque de Medinasidonia, cabeza de los Guzmanes; familia que con la suya habia sido dueña de Andalucía desde tiempos antiguos. Ya hemos referido en los capítulos precedentes la obstinacion con que se seguian las luchas por esta rivalidad, y los estragos que causaban, no solo en Sevilla, sino en toda la provincia. La vigorosa administracion de Isabel reprimió estos desórdenes, y habiendo disminuido el excesivo poder de aquellos dos nobles, consiguió traerlos á una reconciliacion aparente: que no fué mas que aparente. El ánimo altivo del marqués de Cádiz, que no pudo ya ocuparse en las discordias domésticas, le impelió á buscar distinciones en una guerra mas honorífica, y se hallaba entonces en su castillo de los Arcos dirigiendo su penetrante vista por todas las fronteras, y aguardando como en emboscada el momento de caer sobre su víctima.

Así, pues, sin vacilar un instante tomó sobre sí la empresa que le proponia Diego de Merlo, dando noticia de su intento á D. Pedro Henriquez, adelantado de Andalucía, pariente de Fernando, y á los alcaides de las dos ó tres fortalezas mas inmediatas. Con el auxilio de estos amigos reunió una hueste, que junta con la que iba debajo de la bandera de Sevilla, llegaba á dos mil quinientos caballos y tres mil peones. Señaló por punto de reunion su propia villa de Marchena. El camino que se propuso seguir era el de Antequera, cruzando las enriscadas sierras de Alzerifa. Los pasos de la montaña, ya bastante dificultosos en una estacion en que la multitud de sus barrancos estaban interceptados por las avenidas de invierno, eran aun mas terribles por haberse de atravesar en la oscuridad de la noche; porque el ejército se detenía durante el dia para ocultar sus movimientos. Dejando las acémilas en las riberas del Yeguas para poder caminar con mas celeridad, el ejército, despues de una marcha rápida y muy penosa, llegó por fin, á la tercera noche de su partida, á un profundo valle como á media legua de Alhama. Allí declaró el marqués por primera vez el objeto verdadero de su expedicion á los soldados, que como no habian pensado que se tratase de mas que una mera entrada, se llevaron de gozo considerando la rica presa que iba á caer en sus manos⁵.

⁵ Bernaldez, Reyes Católicos, MS., infantes. Reyes Católicos, p. 181.—cap. 52.—L. Marineo, Cosas memorables, fol. 171.—Pulgar calcula el ejército del marqués en 3.000 caballos y 4.000

Expedicion del marqués de Cádiz contra Alhama.

PARTE I.

El marqués
sorprende la
fortaleza.

A la mañana siguiente, que era 28 de Febrero, se envió una pequeña partida, dos horas antes de amanecer, al mando de Juan de Ortega, con el objeto de escalar la fortaleza, al mismo tiempo que el cuerpo principal adelantaba mas despacio á las órdenes del marqués de Cádiz, dispuesto á apoyar á los primeros. La noche era oscura y tormentosa, circunstancias que favorecian la aproximacion de las fuerzas, de la misma manera que habian favorecido la de los moros en Zahara. Antes de subir á las altas rocas coronadas por la ciudadela, se colocaron en silencio las escalas contra los muros, y Ortega y unos treinta de su gente consiguieron llegar á las almenas sin ser vistos. A un centinela que hallaron durmiendo en su puesto le mataron en el acto, y adelantando con silencio hasta el cuerpo de guardia, pasaron á espada á toda aquella pequeña guarnicion, despues de la breve é ineficaz resistencia que pudieron oponerles unos hombres que despertaban con sobresalto. La ciudad entre tanto se puso en alarma, pero era ya tarde: la ciudadela estaba tomada, y habiéndose abierto las puertas que caian al campo, entró el marqués de Cádiz á la cabeza de su ejército al toque de las trompetas y con banderas desplegadas, y tomó posesion de la fortaleza ⁶.

Valor de los
habitantes.

Despues de dar el descanso que necesitaban las fuerzas cansadas de los soldados, resolvió el marqués combatir al punto la ciudad, antes que sus habitantes pudieran reunirse en número capaz de hacerle resistencia. Pero los vecinos de Alhama, con un valor, que podia esperarse de hombres endurecidos en los campamentos, mas bien que de pacíficos moradores de una poblacion fabril, habian acudido á las armas á la primera noticia, y reunidos en la estrecha calle donde desembocaba la puerta del castillo, la enfilaron tan perfectamente con sus arcabuces y ballestas, que los españoles, despues de haber intentado en vano abrirse paso, tuvieron que replegarse á sus reparos, en medio de una lluvia de saetas y balas que causó la pérdida de dos de sus principales alcaides y de otras gentes.

Salida contra
los moros.

En este estado se llamó á consejo, en el cual hubo algunos que propusieron se abandonara la ciudadela despues de dismantelarla, por

⁶ Lebrija, Rerum Gestarum Decades, 2, lib. 1, cap. 2.—Carvajal, Anales, MS., año 1482.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 52.—Zurita, Anales, t. iv, fol. 315.—Cardonne, Hist. d'Afrique et d'Espagne, t. iii, pp. 252, 253.

CAP. IX.

no poderse defender contra los vecinos por una parte, y por otra contra los socorros que era de presumir les llegarían muy pronto de Granada. Pero este parecer fué rechazado con indignacion por el marqués de Cádiz, cuyo genio altivo se irritó con semejante propuesta; y á la verdad no era agradable á la mayor parte del ejército, encendida como estaba su codicia con la vista de los ricos despojos que despues de tantas fatigas iban á caer en sus manos. Se resolvió en su consecuencia derribar parte de las fortificaciones que miraban á la ciudad, y abrirse paso á toda costa para ocuparla. Al momento se puso en ejecucion este proyecto, y el marqués, saliendo por la brecha abierta á este fin, á la cabeza de sus hombres de armas, y dando la voz de guerra "Santiago y la Virgen," cayó sobre lo mas recio del enemigo. Otros españoles, echando por las obras exteriores contiguas á las casas de la ciudad, penetraron en la calle, y allí se juntaron con sus compañeros, al mismo tiempo que otros salieron por las puertas, abiertas al efecto por segunda vez ⁷.

Los moros, sin decaer de ánimo por lo tremendo de este ataque, recibieron á los enemigos con terribles y certeras descargas de balas y saetas; y al propio tiempo las mujeres y niños, coronando los tejados y balcones de las casas, arrojaban sobre aquellos aceite y pez hirviendo, y todo cuanto les venia á las manos. Pero los tiros de los moros resbalaban, sin causar gran daño, en las cotas de malla de los españoles, mientras que ellos cubiertos solo con los vestidos que pudieron echarse encima en la confusion de la noche, presentaban un funesto blanco á sus enemigos. Continuaron sin embargo haciendo una tenaz resistencia y conteniendo á los españoles con palizadas que atravesaron de priesa en las calles; y aun cuando vieron tomadas sus trincheras una tras otra, continuaron disputando el terreno palmo á palmo, con la desesperacion de hombres que pelean por la vida, por la hacienda, por la libertad y por todo lo que hay mas caro en el mundo. La batalla no aflojó hasta la caida de la tarde, hora en que por las calles corria materialmente la sangre, y en que estaban obstruidos todos los pasos con los cuerpos de los muertos. Pero al fin el valor español triunfó por todas partes, excepto en una grande mezqui-

Terrible com-
bate.

⁷ Bernaldez, Reyes Católicos, MS., árabes, cap. 34.—L. Marineo, Cosas ubi supra.—Conde, Dominacion de los memorables, fol. 172.

PARTE I. ta inmediata á los muros de la ciudad, adonde como á última trinchera se habian refugiado con sus mujeres é hijos algunos pocos y desesperados moros, que hacian desde allí terrible fuego sobre las columnas de los cristianos. Éstos, despues de haber sufrido alguna pérdida, consiguieron guarecerse tan bien bajo un techado ó parapeto que hicieron de sus escudos, como se practicaba en la guerra antes del uso esclusivo de las armas de fuego, que pudieron acercarse á la mezquita y pegar fuego á sus puertas. Entonces los de adentro, amenazados de ahogarse, hicieron una desesperada salida, en la cual muchos perecieron, y los demas se rindieron á discrecion. Los prisioneros hechos de este modo fueron todos pasados á cuchillo, sin perdonar sexo ni edad, segun las historias de los sarracenos; pero los escritores castellanos no hacen de esto la menor mencion, y como los españoles no tenian aún aquel furor de matanza que desplegaron despues en sus guerras de América, y semejante hecho es contrario al espíritu caballeroso con que solian tratar en la guerra á los musulmanes, podemos considerarlo justamente como invencion de los enemigos ⁸.

Conquista de Alhama.

Alhama quedó entregada al saco de los soldados, y fué rico por cierto el botin que recogieron: vajillas de oro y plata, perlas, piedras preciosas, sedas y paños finos, muebles curiosos y magníficos, y todo lo que es propio de una ciudad rica y próspera. Además de lo cual se hallaron los almacenes bien provistos de los mantenimientos mejores y mas útiles en tales circunstancias, grano, aceite y otras cosas. Cerca de una cuarta parte de la poblacion se dice que pareció en los diversos combates de aquel dia, y el resto, segun el uso de aquel tiempo, quedó presa de los vencedores. Un número crecido de cautivos cristianos que se encontraron encerrados en las cárceles públicas fueron restituidos á la libertad, y aumentaron la alegría general con sus agradecidas aclamaciones. Los cronistas castellanos de aquel tiempo refieren tambien con no menor satisfaccion haberse cogido un cristiano renegado, famoso por sus robos y correrías contra sus compatriotas, y cuyas maldades castigó el marqués de Cádiz mandándole colgar de las almenas del castillo á la vista de toda la ciudad. Así cayó la anti-

⁸ Conde, Dominacion de los árabes, 182, 183.—Mariana, Historia de España, ubi supra. Pulgar, Reyes Católicos, pp. 182, 183.—Mariana, Historia de España, lib. 25, cap. 1.

gua fortaleza de Alhama, primera conquista de esta memorable guerra, llevada á cabo con un valor y arrojo á que no escedió ningun otro en todo el resto de aquellas campañas ⁹.

La noticia de este desastre llegó á los oidos de los habitantes de Granada cual toque funeral de su ruina. Parecia que el brazo de la misma Providencia se habia descargado sobre la soberbia ciudad, que reposando al abrigo de la fuerza de sus muros, y en el corazon de un país pacífico y muy poblado, se veia convertida en un momento en lagos de sangre y en montones de escombros. Ahora veian el cumplimiento de los terribles presagios y predicciones que se hicieron cuando la toma de Zahara. El triste romance ó canto que concluye *¡Ay de mi Alhama!* compuesto probablemente por algun poeta árabe poco despues de este suceso, manifiesta cuán profunda afliccion y abatimiento se apoderó del espíritu del pueblo. Pero el viejo rey Abul Hacén, lejos de entregarse á inútiles lamentos, trató de reparar la pérdida con las medidas mas vigorosas: envió inmediatamente un cuerpo de mil caballos á reconocer la ciudad, mientras él se disponia á seguir con todas las fuerzas que pudiera recoger de la gente de guerra de Granada ¹⁰.

Consternacion de los moros.

⁹ Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 52.—Pulgar, Reyes Católicos, ubi supra.—Cardonne, Histoire d'Afrique et d'Espagne, t. III, p. 254.

Por las calles y ventanas
Mucho luto parecia;
Llora el rey como fembra
Qu'es mucho lo que perdia.

¹⁰ "Paseábase el rey moro
Por la ciudad de Granada,
Desde las puertas de Elvira
Hasta las de Bivarambla.
¡Ay de mi Alhama!
Cartas le fueron venidas
Que Alhama era ganada:
Las cartas echó en el fuego,
Y al mensajero mataba.
¡Ay de mi Alhama!
Hombres, niños y mujeres
Lloran tan grande pérdida;
Lloraban todas las damas,
Cuantas en Granada habia.

¡Ay de mi Alhama!"

Este romance, segun Hita (que no es la mejor autoridad en materia de hechos), causó tan grande lamentacion, que hubo de prohibirse á los moros que le cantaran despues de la conquista. (Guerras civiles de Granada, t. 1, p. 350.) El lector recordará que lord Byron ha traducido en inglés este canto. Su version tiene el mérito de la fidelidad; y no es culpa suya si su musa se presenta con poca ventaja en el traje plebeyo del romance morisco.

¡Ay de mi Alhama!"